

MARCOS ABRAMOVICH

# Fruta fresca

UN AMIGO MÍO considera que la música para niños es una forma de racismo. En sentido metafórico: tratar a los niños como si fueran otra raza de gente a la que se destina una música especial. “*Cuando niño yo escuchaba a los Beatles*”, argumenta. No creo que tenga toda la razón, pero tiene bastante razón. Parece que Marcos Abramovich está de acuerdo con él, pues hace pasar como “música para niños” letras y músicas que otros pasarían como música, nomás. Incluso algunas de sus músicas son más maduras que los trabajos adultos de otros.

Abramovich empezó a tocar para niños cuando era él mismo niño, en 1986, en un espectáculo de su madre, la cantante Leticia Moreira. Quizá esto le haya dado otra perspectiva en su relación con ese tipo de público. Es percusionista (tocó eventualmente con Cursi), compone, toca la guitarra y canta. Hizo varios talleres recreativos y llegó a tener un espacio televisivo de recetas culinarias recitadas.

La compatibilidad de edades de este disco está basada en una forma peculiar de divertirse, cuando en algunos momentos privilegiados, casi siempre en grupo, logramos infantilizarnos y despojarnos de los cuidados “adultos”, como la seducción, competencia sexual y laboral, relaciones públicas, conquista de estatus. Lo que queda es diversión pura, y accesible a todo público. Aunque Marcos es la única voz solista, hay mucho coro y una instrumentación masiva, plena, que crean el ambiente sonoro de una fiesta colectiva.

No hay historias de bichitos, aunque sí una canción no anecdótica sobre insectos. Muchas de las letras elaboran sobre cuestiones prosaicas —no necesariamente intrascendentes—. Hay una canción sobre el jugo de naranja, y dos surcos después aparece una sobre el licuado. Se habla de la bicicleta, de la luna, del sol, de la sombra y del agua. Se juega con los sonidos: el “morrocoyo” o unos africanistas “manámele namelé”. Hay estímulo, potencial de interactividad, pero no pedagogía, ni prédica ideológica o ecológica. Los candombes vibran como candombes, pero nadie se pone a explicar qué son el chico, el piano y el repique. En ningún momento aparece una voz de maestra a dialogar con los oyentes.

La estirpe musical es tuquera, claramente: funky, candombe, murga y algún reggae a lo Gilberto Gil. Las canciones son sorprendentemente buenas. Están compuestas con pocos acordes y circunscritas a géneros, se desempeñan en forma sobresaliente dentro de ellos y nunca dan la impresión de parecerse a un modelo específico. Son casi todas canciones para bailar, y tienen empuje, estribillos pegadizos, están bien construidas. No es fácil ser simple sin ser banal. Está además muy bien producida (por el propio Marcos junto a Ney Peraza, quien hizo los arreglos vocales). Participan varios excelentes instrumentistas (en el bajo, por ejemplo, se alternan Beto Satragni, Urbano Moraes y Eduardo Yaguno).

Sin tener una voz especialmente bella o amplia, Marcos canta muy lindo. Casi siempre coloquialmente, salvo cuando juega. Tiene garra y convicción, y trasmite la idea de que se está divirtiendo más que nadie. (Las locuciones que abren “Concierto de bichitos” son impagables.) Los arreglos, además de sonar con potencia y *swing*, están llenos de detalles que llaman la atención. “Súmmum del licuado” tiene un interesante trabajo electroacústico, casi tecno. “Más sol” juega con coros en hoqueto. La última canción, la despedida (“Besos en el agua”), es la única lenta y suave. Es una de esas marchas camión viajantes a la manera de “Flor de murga” de Mateo, y está hecha sobre sólo dos acordes. Es el único momento en que la música, aparte de vital, es también bella y conmovedora.

Este dc es una muy grata sorpresa y uno de los mejores discos uruguayos editados en lo que va del año. El espectáculo de su lanzamiento, **Frutas planetas**, está en el Espacio Guambia desde ayer, de jueves a domingo, este fin de semana y el próximo. Aparte de la banda en vivo, hay movimientos, juegos y objetos escénicos. ■

GUILHERME DE ALENCAR PINTO